

El domingo,
pan de la palabra

Salvados de la impureza

XXII DOMINGO
DEL TIEMPO
ORDINARIO
(2 septiembre 2018)

Primera lectura: Dt 4, 1-2.6-8.
(No añadáis nada a lo que yo os mando... observad los preceptos del Señor).

Salmo responsorial: 14.
(Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda?).

Segunda lectura: Sant 1, 16b-18.21b-22.27.
(Poned en práctica la palabra).

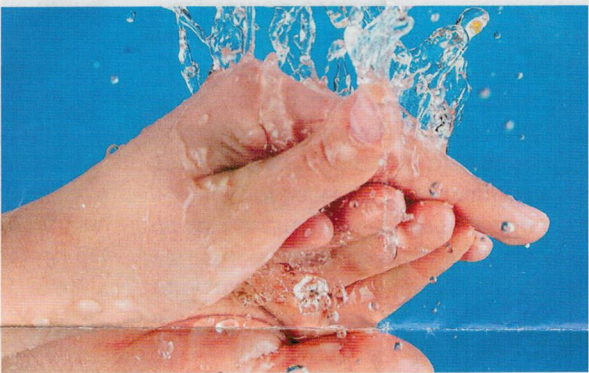
Evangélio:
Mc 7, 1-8.14-15.21-23.
(Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres).

«El les contestó: —Bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, como está escrito: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. El culto que me dan está vacío, porque la doctrina que enseñan son preceptos humanos. Dejáis a un lado el mandamiento de Dios para aferraros a la tradición de los hombres». Y añadió: —Anuláis el mandamiento de Dios por mantener vuestra tradición».

22 de agosto:
SANTA MARÍA REINA

Jesús es nuestro Salvador, y lo es porque nos libera. En el Evangelio muestra que su capacidad liberadora llega a la profundidad de las tradiciones sobre la impureza. A lo largo de la historia de Israel, recogida en el Antiguo Testamento, se había generado una legislación sobre la pureza y la impureza y unos rituales para la purificación.

de Dios, porque se consideraba tan indigno de la salvación como los paganos. Un buen ejemplo de esta tradición es el pobre sacerdote de la parábola del samaritano a quien todos, de manera más o menos inconsciente, consideramos un desalmado por dejar al malherido en el camino. Sin embargo, simplemente era un estricto cumplidor de la ley. Él iba a Jerusalén en su turno sacerdotal a ofrecer tanto, ser partícipe de la promesa de la salvación, suponía no parecerse al resto



de pueblos ni juntarse con ellos. Quien lo hacía quedaba impuro. También era considerado impuro quien ponía en peligro la integridad del pueblo de Israel, especialmente por medio del contagio de enfermedades infecciosas, que podía debilitar aún más a un pueblo ya de por sí débil. Impuro era quien tenía contacto con la sangre —como la mujer parturienta—, con los fluidos humanos, o los leprosos o quien tocaba un cadáver.

La misión de Jesús es salvarnos liberándonos de la tiranía de la impureza. Y la impureza que pone en peligro al nuevo pueblo de Dios no es la física, sino la moral. Así, como dice el salmo, puede hospedarse en la tienda —símbolo de la Iglesia— el que no está contaminado por la impureza de la injusticia, de la calumnia, de la difamación, del orgullo, de la usura.

En una palabra, el impuro es el corrupto y Jesús nos salva porque nos ofrece el camino de la vida honrada y religiosa. ■

Rafael Amo